

LECCION
DEL DOS DE MAYO
DE 1808

MMXX

LECCIÓN DEL DOS DE MAYO DE 1.808

ELOGIO DE LOS CAPITANES DON LUIS DAOÍZ Y DON PEDRO
VELARDE, HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, MUERTOS
EN EL SERVICIO SUPREMO A LA PATRIA; RELATADO POR
EL CAPITÁN DEL ARMA:

DON MARIANO FUENTES MONTES

AÑO



2020

Editado en Segovia, Imprenta de la Academia de Artillería

“Con motivo de la crisis sanitaria provocada por la pandemia del coronavirus COVID-19 y la declaración del Estado de Alarma, esta lección del dos de mayo de 2020 no pudo ser impartida, como es tradicional, en el Alcázar de Segovia; siendo divulgada vía online.”



Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Señores Oficiales,
Alféreces Alumnos, Señores Suboficiales, Sargentos Alum-
nos, Alumnos, Artilleros, Señoras y Señores.

En el día de hoy, me corresponde el honor de dirigirme a ustedes, en esta situación excepcional y por esta vía sin precedente, para mantener la tradición de la lectura de la LECCIÓN DEL DOS DE MAYO.

Quisiera que este acto de hoy, también sirviera como recordatorio y homenaje a todas las víctimas de la pandemia, a sus familiares, y al personal civil y militar que en estos duros momentos trabajan sin descanso por el bienestar de todos los españoles.

La LECCIÓN DEL DOS DE MAYO tiene por objeto perpetuar la gesta de los Capitanes D. LUIS DAOÍZ Y TORRES, y D. PEDRO VELARDE Y SANTILLÁN, y de otros muchos españoles, de nombres menos co-

nocidos, pero que sin duda son igualmente merecedores de elogio.

Más de dos siglos nos separan de aquellos heroicos y trascendentales acontecimientos; acontecimientos en los que todo un pueblo, de forma espontánea, se levantó contra su enemigo: con firmeza, sin fisuras, sin dudas...; dando un claro ejemplo de unidad nacional, patriotismo común y auténtica gallardía española.

La gesta del dos de mayo fue tal que, en 1812, finalizada la Guerra de la Independencia, un Real Decreto de la Regencia ordena que, anualmente, y en la misma fecha en que tuvieron lugar los acontecimientos, se ensalzaran en todas las unidades de artillería de España las figuras de Daoíz y Velarde, siendo el capitán más antiguo de cada Unidad el encargado de relatar a todos, lo que allí ocurrió, para que jamás, bajo ninguna circunstancia, estos hechos cayeran en el olvido.

Hoy, como heredero y depositario de dicha tradición, paso a cumplimentar la or-

den dada. Comenzaré recordando el marco histórico en el que se encontraba España en el momento de producirse los acontecimientos.

A finales de 1807, los ejércitos de Napoleón habían invadido ya casi toda Europa y se habían adentrado incluso en el norte de África. Bajo el pretexto de tomar parte en la guerra contra Portugal, un ejército francés, al mando del General Junot, había entrado en la península, apoderándose de importantes enclaves y haciendo de España un país completamente invadido. Las quejas de los españoles contra el comportamiento de los franceses eran diarias. En los diversos pueblos de las distintas provincias españolas, la soldadesca francesa maltrataba a las gentes, robando y saqueando sus propiedades continuamente. Pero a pesar de tan lamentable situación, nadie hacía nada.

La Familia Real había sido retenida por Napoleón en Bayona, y las más altas instancias del país vivían en un estado incomprensible de letargo y sumisión, transmitiendo

órdenes claras a los capitanes generales y a los gobernadores: no dar, bajo ningún concepto, motivo de queja a las tropas extranjeras, y conservar con ellas la mejor armonía.

Pero el día 2 de mayo de 1808 los acontecimientos se precipitaron. El pueblo de Madrid se agolpó a las puertas de Palacio ante el rumor del inminente traslado del infante D. Francisco de Paula, hijo de Carlos IV, para unirlo al resto de la Familia Real. Dicho desorden fue disuelto por los franceses mediante una descarga de fusilería, matando e hiriendo a numerosos madrileños.

La terrible noticia se propagó como un reguero de pólvora y la lucha se generalizó por toda la ciudad. Pero la gente de a pie, sin armas ni organización, nada podía hacer frente a las tropas francesas, por lo que solo se consiguió aumentar el número de muertos del lado español. Y en ese momento el pueblo miró hacia el único sitio al que puede mirar: hacia su Ejército. Gran número de paisanos se dirigieron al Par-

que de Artillería de Monteleón en busca de armas.

Es aquí donde entran en acción nuestros capitanes más antiguos; uno el Capitán de Artillería D. Luis Daoíz y Torres:

Sevillano de 41 años, destinado en el Parque de Artillería de Monteleón, era uno de los oficiales más respetados en el panorama artillero de la época. Sirvió anteriormente en Ceuta, Orán, Francia, al mando de una cañonera en Cádiz y como oficial de artillería a bordo del navío de línea San Ildefonso, en el que realizó dos viajes a América.

Y el otro, el Capitán de Artillería D. Pedro Velarde y Santillán:

Natural de Santander y con 28 años de edad, contaba con un espléndido historial, siendo ya oficial de Estado Mayor y con destino como Capitán Secretario en la Junta Facultativa Superior del Cuerpo de Artillería. De carácter mucho más impulsivo que su amigo íntimo Daoíz, Pedro Velarde

de poseía mucha mejor información de lo que estaba sucediendo gracias a su privilegiado destino.

Velarde llegó muy temprano a su despacho en la Junta Superior, donde se enteró de los lamentables sucesos. No se podía creer que nadie interviniese tras la brutal carnicería. Con el rostro encendido y con la agitación propia de la situación, se dirigió a su jefe diciéndole: “¡Mi comandante, vamos a batirnos con los franceses!” Este le respondió arrojándole sobre la mesa la orden transmitida por el gobernador de la Plaza, que prohibía cualquier tipo de acción contra las fuerzas extranjeras.

En ese momento, se empezó a escuchar por la calle aledaña el estruendo de fusiles y de pasos acompasados de fuerza disciplinada; una compañía francesa se dirigía ya a disolver al personal que se agolpaba a las puertas del Parque de Artillería. Al oírlo, corrió Velarde en dirección al Regimiento de Voluntarios del Estado, donde consiguió de su coronel una compañía para reforzar a las fuerzas del Parque. Mandaba esta

compañía el Capitán GOICOECHEA, y en ella se encontraba destinado el Teniente de Infantería D. JACINTO RUIZ MENDOZA, oficial que merece una especial mención por su heroico comportamiento al lado de nuestros artilleros.

Por su parte, nuestro otro capitán, Daoíz, al llegar a las proximidades del Parque de Monteleón, se encontró ya a la compañía francesa formada y dispuesta para despejar a tiros a los paisanos que en el exterior vitoreaban a España y a su rey Fernando, al tiempo que insultaban a los franceses. Sin perder un instante, pasó a disponer a su escasa fuerza: 16 artilleros entre oficiales, sargentos, cabos y soldados, para vigilar tanto la puerta como los movimientos de las tropas francesas.

Cuando Velarde llegó al frente de la Compañía de Voluntarios, se produjo el delirio de la masa humana que inundaba los alrededores del Parque. Velarde se dirigió al capitán que se encontraba al frente de las tropas francesas allí presentes, y con su audaz lenguaje, acertó a desarmar y encerrar

en las caballerizas a la compañía extranjera. En ese momento Daoíz se enfrentó a su ardoroso amigo y le preguntó por qué hacía aquello cuando sus órdenes eran otras; a lo que Velarde le contestó que, las órdenes dadas, cualesquiera que fueran, no tenían ya valor alguno atendiendo al estado en que se encontraba el pueblo.

Al veterano y reflexivo Capitán Daoíz se le planteaba un grave dilema; de un lado, las órdenes recibidas y su responsabilidad como oficial más antiguo del Parque; del otro, los patriotas españoles que, a las puertas del Parque, le pedían las armas para hacer frente al invasor francés. Tras poner en orden sus lealtades, ordenó abrir las puertas del Parque, armar a los madrileños y asentar cuatro piezas de artillería tras dichas puertas.

A los pocos minutos, asomó por una de las calles que daba acceso al Parque, un batallón francés al completo que llegaba como refuerzo. Los gastadores franceses se preparaban para abrir paso, en lo que creían iba a ser una operación sencilla, cuando en

el patio del Parque se escuchó una voz ronca y grave que ordenó “fuego”, tras la cual, sonó el pavoroso estruendo del trueno de la artillería. Cuando la neblina de la deflagración de la pólvora se fue, la calle apareció sembrada de cadáveres franceses. Tan solo un instante después, los defensores del Parque abrieron la puerta, hecha casi astillas por la metralla, y asentaron las piezas en la calle, para enfilar las avenidas de acceso, que los franceses iban abandonando poseídos de un pánico absoluto y entregados al desorden más espantoso.

Tras enterarse el Gran Duque de Berg de lo sucedido, ordenó al General Lagrange, atacar el recinto con una Brigada al completo.

Hasta tres veces fueron rechazados en sus pretensiones los franceses, pero la escasez de municiones, el cansancio físico y la gran desproporción de fuerzas, hizo mella en nuestros valientes artilleros.

Velarde fue alcanzado por una bala que le atravesó el corazón y le arrancó la vida. Daoíz, con la espada en la mano, herido en

una pierna y sosteniéndose a duras penas sobre uno de los cañones, esperaba que el destino realizase su cruel trabajo. Viéndole rendido, el General Lagrange, se dirigió a él de forma ofensiva, tocándole violentamente el sombrero. De tal tamaño tuvo que ser la humillación, que un moribundo Daoíz, a través de su espada, se lo hizo saber al general francés. Lagrange quedó herido, pero inmediatamente cayó sobre el bravo artillero español la guardia personal del general, hiriéndole mortalmente de un bayonetazo, que le atravesó. Daoíz fue trasladado a su casa donde murió poco más tarde.

Hasta aquí, el relato de la historia, la apasionada descripción del sacrificio de un puñado de españoles que hubieron de hacer frente al mayor de los conflictos de lealtades al que jamás un militar tuvo que enfrentarse, armados únicamente con sus virtudes ejemplares.

Son precisamente estas virtudes las que quiero resaltar hoy aquí. Quizás en ellas encontremos la clave de tan heroico proceder.

LEALTAD: virtud que practican aquellos que obran con franqueza, siendo consecuentes con los compromisos adquiridos. Nuestros capitanes nos dieron un ejemplo de lealtad, lealtad al juramento empeñado, aún sabiendo que en ello les iba la vida; y al pueblo al que servían, defendiendo la unidad, la grandeza y la independencia de España.

COMPAÑERISMO: vínculo que nos une en armonía y del que nuestros héroes nos dan un claro ejemplo. Todos los artilleros tenemos la obligación de mantener y acrecentar esta virtud, que siempre ha sido causa de admiración en el resto de las Armas.

PATRIOTISMO: del que nuestros capitanes ofrecieron una impresionante lec-

ción... sin esperar recompensa, sin esperar honores, sin esperar medallas..., sin esperar nada. Nuestros Artilleros trasladaron a las calles de Madrid el lema... “A España servir hasta morir”; palabras que han marcado la vida de muchos españoles durante toda nuestra Historia, y que son, y siempre seguirán siendo, lema, guía y referente de nuestra querida Academia General Básica de Suboficiales.

VALOR: Valor de todo un pueblo. Un pueblo que en 1808 compartió el espíritu y los ideales con sus militares, y que no dudó en ser el primero en rebelarse ante una situación de grave peligro para España.

Un pueblo que nos enseñó que las naciones no mueren nunca por debilidad, sino por cobardía. Porque una nación puede ser despojada de todos sus bienes materiales, pero mientras permanezca inalterable, su espíritu será invencible.

Por todo esto y por mucho más, los hechos del Dos de Mayo son el ejemplo de las virtudes de España y de su gente. De un pueblo que demostró una unidad absoluta, sin dudas, sin fisuras, sin vacilaciones.

Para terminar, animo a todos a recordar esta gesta heroica, que perdurará en el tiempo y de la cual somos depositarios y herederos, debiendo ser, hoy más que nunca, una motivación diaria para conseguir, de esta nuestra España, una tierra mejor.

LAUS DEO

